**SOLEMNIDAD DEL *CORPUS CHRISTI***

**S.A.I. Catedral, 3 de junio de 2018**

La liturgia de esta fiesta del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, que se prolonga en la solemne procesión por las calles de la ciudad, expresa y recuerda que el Señor resucitado y glorioso está verdadera y realmente presente bajo las especies del pan y del vino. Él es el verdadero alimento para la vida del hombre y la verdadera vida del mundo. El hombre, dotado por Dios de inteligencia y voluntad, de libertad y de capacidad de amar, no ha dejado de preguntarse a lo largo de la historia por el sentido de su vida y de su existencia. Lo ha hecho razonando con su entendimiento y buscando la verdadera vida con todo su corazón.

La filosofía de los hombres de hoy es tremendamente vitalista. Amamos la vida y luchamos por adquirir una calidad de vida que nos proporcione placer, felicidad y disfrute material. Los jóvenes han acuñado la frase “vivir a tope” para referirse a esta actitud de buscar a toda costa la felicidad. El deseo de vivir en plenitud la vida manifiesta cómo el hombre está llamado a la inmortalidad, es decir, a vivir siempre y a vivir feliz. Pero qué significa ¿vivir “a tope” y “vivir bien”?

En la mentalidad de muchos hombres y mujeres estas expresiones se refieren a una vida humana puramente biológica, hedonista y material. De ahí que actualmente se supervalore el cultivo físico del cuerpo, la salud, el bienestar material y se entienda vivir la vida como una búsqueda constante de placer evitando cualquier circunstancia adversa. Quien tiene este objetivo en la vida no se para a pensar si este modo de vivir perjudica a alguien o se hace a costa del sacrificio de otras personas que no tienen las mismas oportunidades. Según esta filosofía de la vida, de raíz netamente burguesa, en la sociedad del buen vivir no tendrían cabida las vidas de aquellos seres humanos cuya vida física o biológica esté deteriorada por la enfermedad o por la situación social que están viviendo. No tienen cabida los enfermos terminales, los enfermos crónicos, los niños concebidos con taras, los pobres, los inmigrantes, los transeúntes... Estas personas no entran en un hipotético mundo vitalista y feliz.

La sociedad que descarta a todas estas personas porque no pueden vivir “a tope” su existencia se encamina hacia una sociedad de superhombres, perfectos, sanos y sin defectos tal como soñaba Nietzsche cuando afirmaba que “El hombre debe ser superado”. Algunos pensadores actuales hablan ya del transhumanismo como una nueva meta para la humanidad. En este ambiente cultural, el cristianismo es incómodo, pues defiende que la vida de todo ser humano es digna en sí misma desde su concepción hasta su muerte natural. Una dignidad que reclama el respeto y la protección de la vida de aquellos cuya existencia es más débil y más precaria.

La fiesta de la Eucaristía es la fiesta de la verdadera Vida porque bajo la apariencia de pan y de vino esta Jesús verdadero, camino, verdad y vida, que se nos da como alimento para la vida eterna. San Agustín decía que “Cuando se come a Cristo se come la vida” (Sermón 132A). Es, pues, la eucaristía, el alimento de la vida nueva que hemos recibido en el bautismo y por la cual hemos sido hechos hijos de Dios en Cristo y, por tanto, coherederos en Cristo de la Vida eterna, de su gloria, de su plena felicidad. La vida de toda persona es un don de Dios y a Dios tiende, a Dios busca, aunque a veces los hombres lo busquen por atajos o por caminos equivocados. Dios es el fundamento de la existencia humana porque somos amados por Él y sin su aliento vital dejaríamos de existir. La vida verdadera y feliz no está sólo en la vida material, en el cultivo del cuerpo. La vida verdadera del hombre encuentra su fundamento en la comunión con la vida de Cristo, el Amor de los amores.

San Ireneo afirmaba que “el hombre, privado totalmente de Dios, dejará de existir porque la gloria de Dios consiste en que el hombre viva, y la vida del hombre consiste en la visión de Dios” (Del tratado de san Ireneo contra las herejías  
Libro 4, 20, 5-7) Dios no es enemigo de la vida del hombre sino que nos la da en abundancia como dio el maná al Pueblo de Israel en el desierto. El Señor en la eucaristía ofrece a todo hombre el alimento que transforma su existencia terrenal en existencia celestial, en vida eterna. ¡Qué bien expresaba este misterio transformador de la eucaristía el Papa Benedicto XVI en la Exhortación Sacramentum caritatis! “Esta «vida eterna» se inicia en nosotros ya en este tiempo por el cambio que el don eucarístico realiza en nosotros: «El que me come vivirá por mí» (*Jn* 6, 57). Estas palabras de Jesús nos permiten comprender cómo el misterio «creído» y «celebrado» contiene en sí un dinamismo que lo convierte en principio de vida nueva en nosotros y forma de la existencia cristiana. En efecto, comulgando el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo se nos hace partícipes de la vida divina de un modo cada vez más adulto y consciente” (SaC 70).

El cristiano que comulga el Cuerpo y la Sangre de Cristo, vive en otra dimensión, vive “según el domingo” como afirmaba San Ignacio de Antioquía. ¿Qué significa esto? “ «Vivir según el domingo» quiere decir, decía Benedicto XVI, vivir conscientes de la liberación traída por Cristo y desarrollar la propia vida como ofrenda de sí mismos a Dios, para que su victoria se manifieste plenamente a todos los hombres a través de una conducta renovada íntimamente” (SaC 72).

Por tanto, vivir la vida “a tope” como dirían los jóvenes cristianos significa vivir como hombres libres unidos y sostenidos por el amor de Cristo. Significa entender la existencia como un vivir para los demás en los que reconocemos a Cristo que les confiere una dignidad propia independientemente de su aspecto físico, su condición social, su raza o religión pues "Mediante la Encarnación, el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre" (*Gaudium et spes*, 22).

Esta es la razón por la cual hoy, Fiesta de la Eucaristía es también la fiesta de la Vida y del Amor. Es el día de la Caridad. Unidos a todos los católicos de España y secundando el mensaje de los obispos de la Comisión de Pastoral Social pidamos, hoy, al Espíritu Santo que esta mística social y transformadora de la Eucaristía nos ayude a comprometernos en la transformación del mundo y en la promoción de una caridad transformadora en todas nuestras organizaciones caritativas y sociales”.

† Juan Antonio, obispo de Astorga